

# LA IDEA

## SEMANARIO REPUBLICANO

Sr. D.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
HORNO DE LOS BIZCOCHOS, 19, TELÉFONO 133.

La correspondencia referente á suscripciones, anuncios, etc., debe dirigirse al Administrador. La política, literaria ó de redacción, se enviara al Director de este semanario.  
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devuelven si no se publican.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Toledo un trimestre... 1'25 pesetas.  
Fuera de la capital, id... 1'50 »  
Número suelto... 0'10 »  
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Pago adelantado.

**El presente número constará de seis páginas, no obstante lo cual, el precio en venta será el de costumbre.**

## ¡Apodícticamente!

### Á UN CANÓNIGO BATALLADOR

Si cualquiera otra persona que D. Ramiro Fernández me llamase ignorante, incorrecto, desconsiderado, y hablase en términos dubitativos de mi honradez, me heriría profundamente. Lo hace él y apenas me molesta.

Este fenómeno extraño obedece á una causa singular que quiero que conozca mi batallador enemigo.

Cuando yo no era todavía un *rapaz*, sino un verdadero niño, me llevaron mis maestros á ver la Catedral de León. Allí ví unas estatuas góticas hechas de toscos materiales; en ellas se unía, á la indiferente gravedad de las figuras clásicas, esa mística expresión de paz interna que, según Hegel, es la característica de la escultura cristiana. A esas estatuas debo mi primera impresión estética verdaderamente profunda; su recuerdo se ha conservado en mi espíritu envuelto en una especie de aureola, dorado por el tiempo, y siempre que le evoco, experimento una emoción indefinida y vaga, algo semejante á lo que deben ser esas armoniosas *teofanías* de que habla el gran maestro de Hipona.

Cuando, pasados bastantes años, vine á Toledo hecho ya todo un *rapaz* y vi á D. Ramiro Fernández envuelto en su manto, deslizándose más que andando por las calles, creí tener delante de mí una de aquellas estatuas leonesas y, en fuerza de asociar la imagen de los santos góticos á la imagen de don Ramiro, he acabado por confundirlas en un mismo afecto respetuoso.

He ahí la razón de que los dardos que me dispara D. Ramiro Fernández, resbalen en mí sin herirme.

Ya se yo que, como dice Stuart Mill, toda discusión entre personas que furdan sus ideas en principios intuitivos acaba por despertar en alguna de ellas el deseo de quemar vivos á sus contrarios, y comprendo también que este peligro es mucho mayor cuando uno de los contendientes funda, en último término, sus convicciones, en la fe del carbonero, á la cual se acogió D. Alonso Tostado en el momento de su muerte.

Como se han apagado ya las hogueras en que la Inquisición mataba á los hombres *sine ulla sanguinis effusione*, nada temo por mí; pero temo que en el calor de la contienda que tan resueltamente ha empezado, pierda D. Ramiro la serenidad y que la tosca, pero simpática imagen gótica, se convierta en un vulgar gladiador de decadencia, como esas figurillas de escayola que pueden adquirirse á poco precio en el taller de cualquier santi-boniti-barati.

D. Ramiro, que es una persona fina, se pasa la vida haciendo galantes invitaciones. Primeramente

invitó al Ayuntamiento á pagar un premio al primer desocupado que hiciese unas coplas á la Virgen, y ahora me invita á mí á que pruebe *apodícticamente* y *por todo lo alto* unas cuantas bagatelas, ó á que me retracte de varias cosas que he dicho y me declare completamente vencido por él. Para corresponder á la fineza de D. Ramiro, yo le invito, á mi vez, á que vaya adoptando la actitud sentimental y dolorida que adoptó D. Quijote después del desgraciado encuentro con los *pasajeros* toledanos, y á que se encomiende á su Dulcinea recitando el célebre romance del Marqués de Mantua:

«¿Dónde estás, señora mía,  
que no te pena mi male?»

Porque como D. Ramiro no tiene razón alguna para atacarme, es imposible que salga victorioso, aunque yo sea muy torpe en la defensa.

¿De dónde saca D. Ramiro que no encaja bien en el Ayuntamiento de Toledo un Regidor que cree que el influjo de la Iglesia en la literatura, en la ciencia y en la enseñanza es nulo cuando no es perjudicial? Precisamente, si el Ayuntamiento toledano quiere ser fiel á su tradición y representar debidamente el espíritu del pueblo que administra, tiene que distinguirse por una extremada tolerancia ante todo género de ideas y creencias.

¿No es cierto, Sr. Fernández, que Toledo ofrece un ejemplo maravilloso del respeto y hasta del amor con que en algún tiempo se miraron en España los hombres de las razas más opuestas y de las más opuestas religiones? ¿No es cierto que son testimonio de ese amor las mezquitas y sinagogas que aún se conservan, y las torres mudéjares de las iglesias, y las ojivas tímidas de las puertas y los arrabás que los caballeros cristianos ponían en la entrada de sus palacios?

No pretendo yo *arrastrar* á ningún Concejal *indígena* ni *alienígena* á mi manera de ver las cosas; pero ya que D. Ramiro Fernández tiene tanta curiosidad por saber lo que pienso, le diré que no me consideraría deshonrado aunque no acertase á contestar á gusto suyo, *apodícticamente* y *por todo lo alto*, á las cuestiones que me propone; pero que, en cambio, creería haber perdido la honra si ocultase, por hipocresía ó por conveniencia, mi manera de pensar, en cualquier momento de mi vida.

Todo el artículo que me dedica el Sr. Fernández está, al parecer, hecho para confundirme con dos sollemnes afirmaciones. Es la primera, que lo que cobra la Iglesia española, es suyo; según el art. 40 del Concordato.

Lo que cobra la Iglesia española es, Sr. Fernández, de los españoles que, por regla general, trabajan mucho para malvivir. Como ellos son los que pagan las contribuciones al Estado, tienen también el derecho de exigirle que gaste su dinero de un modo provechoso y útil para todos. Esta es la razón por la cual me permito creer que el día que se generalice entre los españoles la idea (ya bastante extendida), de que debe gastarse menos en culto y

clero y más en instrucción y obras públicas, defensas de mar y tierra, etc., no tendrá el Estado otro remedio que rebajar la cantidad que anualmente se consigna en presupuestos para los gastos de la Iglesia y ésta tendrá que conformarse, digan lo que quieran todos los Concordatos y todos los teólogos del mundo; porque las opiniones de los teólogos y los Concordatos pueden modificarse y hasta desaparecer; pero de lo que no puede prescindirse nunca, es de las necesidades crecientes de la vida.

El segundo argumento que, á modo de catapulta, emplea contra mí D. Ramiro, se funda en la relación de los premios obtenidos por las Escuelas cristianas en la última Exposición de París (1).

Pero ¿es verdad que me tiene el articulista por un *rapaz* tan inocente que no me haya percatado aún de que las gentes apegadas á la Iglesia tienen muy buena mano para cumplir con todos los formalismos y apariencias y obtener premios y distinciones de todas las repúblicas?

Lo que hay es que, como dice muy bien Clarín en un prólogo que paso á un libro notable, una cosa es adaptarse *formalmente* á las exigencias fundamentales de la Pedagogía moderna y otra cosa es vivir las nuevas ideas pedagógicas.

¿Qué tienen que ver las escuelas, los liceos y las universidades católicas, donde todo está estrechamente reglamentado para que el espíritu no pueda desarrollarse libremente, con los colegios ingleses, los seminarios alemanes (2) y los grandes centros universitarios de Francia, donde, como decía un ilustre crítico en la Asociación de Estudiantes de París, la juventud constituye un elemento social organizado que influye positivamente en la marcha de la humanidad, que trabaja mucho y se divierte mucho también, que tiene sus poetas y sus cantores y que vive una existencia llena de amor y poesía?

¿No le parecen mis argumentos *apodícticos* á don Ramiro Fernández? Pues renuncio de una vez para siempre á convencerle. Me trata como si yo fuese el mismo Demonio y él fuese el Arcángel San Miguel; pero no se olvide de que ya en tiempo de Dante discutía el Diablo con los santos y que, cuando hacía un silogismo afortunado, soltaba una sonora carcajada ante sus mismos enemigos y les decía: «Pero no sabéis yo que también he estudiado Lógica?»

No. Yo me niego resueltamente á seguir al señor Fernández por el camino por el cual pretende conducirme como á un doctrinero.

Tengo una experiencia bastante rica de dolores, pero soy un optimista impenitente, un amante obstinado de la vida.

Cuando he cumplido mis deberes estrictos, gusto de leer libros bellos de pensadores hondos y, cuando el trabajo mental me fatiga, quiero gozar de la naturaleza, del aire, del sol, del campo, de la sociedad

(1) En otro lugar de este número puede ver el lector una noticia detallada de los premios concedidos por la Sección de Pedagogía en la Exposición de 1900, y formar juicio por sí mismo.

(2) Conste que estos seminarios no son de curas, sino de hombres de ciencia. Esta aclaración la hago en obsequio de los acólitos de *El Castellano*, que suelen tomar el rábano por las hojas.